DISERTACION VI.

CULTURA DE LOS MEXICANOS.

Siempre enfurecido contra el Nuevo-Mundo Mr. de Paw, llama bárbaros y salvajes á todos los americanos, y los juzga inferiores en sagacidad é industria á los pueblos mas toscos y groseros del antiguo continente. Si se hubiese satisfecho con decir que las naciones americanas eran en gran parte incultas, bárbaras y brutales en sus costumbres, como fueron antiguamente muchas naciones de las que ahora son las mas cultas de Europa, y como son en la actualidad muchos pueblos de Asia, de Africa y de la Europa misma; que sus artes no estaban tan perfeccionadas, ni sus leyes eran tan buenas ni tan bien ordenadas; que sus sacrificios eran inhumanos, y algunos de sus usos estravagantes, no podriamos ciertamente contradecirlo. Pero tratar á los Mexicanos y á los peruanos como á los caribes y á los iroqueses; colocar en la misma línea su industria, desacreditar sus leyes, despreciar sus artes, y poner aquellas activas y laboriosas naciones en el mismo pié que los pueblos mas toscos del antiguo continente ¿no es esto obstinarse en el empeño de envilecer al Nuevo-Mundo y á sus habitantes, en lugar de buscar la verdad, como parece prometerlo el título de *Investigaciones filosóficas?*

Llamamos hoy bárbaros y salvajes á los hombres que, conducidos mas bien por el ímpetu de los apetitos naturales, que por los dictados de la razon, ni viven congregados en sociedad, ni tienen leyes para su gobierno, ni jueces que decidan sus derechos, ni superiores que velen su conducta, ni ejercitan las artes necesarias para remediar las miserias de la vida: en fin, los que no tienen idea de la Divinidad, ó á lo ménos carecen de un culto establecido para honrarla. Los Mexicanos, todas las naciones de Anáhuac y los peruanos, reconocian un Ser Supremo y Omnipotente, aunque su creencia era, como la de otros muchos pueblos idólatras, un tejido de errores y supersticiones. Tenian sin embargo un sistema fijo de religion; sacerdotes, templos y sacrificios; ritos encaminados al culto uniforme de la Divinidad.

Tenian reyes, gobernadores y magistrados; ciudades y poblaciones tan grandes y tan bien ordenadas, como haré ver en otra disertacion. Tenian leyes y costumbres, de cuya observancia cuidaban las autoridades públicas. Ejercian el comercio y se esmeraban en hacer respetar la equidad y la justicia en sus tratos. Sus tierras estaban distribuidas y aseguradas á cada uno la propiedad y la posesion de su terreno. Practicaban la agricultura y las otras artes, no solo las necesarias á la vida, sino tambien las de deleite y lujo. ¿Qué mas se requiere para sacar á una nacion del catálogo de las bárbaras y salvajes? "La moneda, responde Mr. de Paw; el uso del hierro; el arte de escribir, el de construir navíos y puentes de piedra, y el de hacer cal. Sus artes eran imperfectas y toscas; sus lenguas escasísimas de voces numerales, y de términos capaces de espresar las ideas universales: se puede decir que casi no tenian leyes, porque no puede haberlas donde reinan la anarquía y el despotismo." Cada uno de estos artículos exige un exámen particular.

MONEDA.

Mr. de Paw decide que ninguna nacion de América era culta y civilizada, porque ninguna usaba de moneda; y para probar la exactitud de su consecuencia, alega un pasaje de Montesquieu. "Habiendo naufragado Aristipo, dice este escritor, se salvó á nado en una playa, y al ver delineadas en la arena unas figuras de geometría, se llenó de júbilo, conociendo que habia llegado á un pueblo griego y no á una horde bárbara. Imaginaos que llegais por acaso á un pais desconocido; si encontrais alguna moneda, no dudeis que estais en un pais culto." Pero si Montesquieu infirió sensatamente la cultura de un pueblo del uso de la moneda, Mr. de Paw infiere muy insensatamente de la falta de moneda, la falta de cultura. Si por moneda se entiende un pedazo de metal acuñado con el busto del rey, ó con un sello ó signo público, es cierto que su falta no supone barbarie en una nacion. "Los atenienses, dice el mismo Montesquieu, porque no hacian uso de los metales, se servian de bueyes en lugar de moneda, como los romanos de ovejas:" de donde viene el nombre de *pecunia;* pues en la primera moneda acuñada de los romanos, se puso la imágen de la oveja, en recuerdo del objeto que habia servido ántes para sus contratos. Los griegos eran sin duda una nacion bastante culta en tiempo de Homero; pues no era posible que de un pueblo inculto se alzase un hombre capaz de componer la Iliada y la Odisea, poemas inmortales, que despues de veintisiete siglos, no cesan de ser admirados, aunque nadie ha sido parte á imitarlos todavía: y sin embargo, los griegos de aquellos tiempos no conocian la moneda acuñada, como se echa de ver en las obras mismas de aquel poeta, el cual, cuando quiere significar el valor de alguna cosa, no lo espresa de otro modo que por el número de bueyes ó de ovejas que valia. Así es como en el lib. VII de la Iliada, dice que Glauco dió sus armas de oro, que valian 100 bueyes, por las de Diomedes, que eran de cobre. y no valian mas que nueve. Donde quiera que habla de algun objeto adquirido por contrato, se espresa en términos de cambio ó permuta. Por esto en la antigua controversia suscitada entre las dos sectas de jurisconsultos, sabinianos y proculianos, los primeros sostenian que podia haber verdadera compra y venta sin precio, y en su apoyo citaban ciertos versos de Homero, en que se llama compra y venta lo que no era realmente mas que el cambio de una cosa por otra, Los lacedemonios eran un pueblo civilizado de Grecia, sin embargo de carecer de moneda, pues una de las leyes fundamentales de Licurgo era que no se comerciase de otro modo que por permutas (1). Los romanos no tuvieron moneda acuñada hasta los tiempos de Servio Tulio; ni los persas, hasta el reinado de Dario His-

[1] "Emi singula, non pecunia, sed compensatione mereium jussit."
Justin, lib. III.

taspes, y nadie habrá que llame bárbaros á unos y á otros en los tiempos que precedieron á aquellas dos épocas. Los hebreos estaban civilizados á lo ménos desde el tiempo de sus jueces, y no sabemos que conociesen la moneda hasta los de los macabeos. Luego la falta de moneda acuñada no es prueba de barbarie.

Si por moneda se entiende *un signo representativo del valor de todas las cosas*, como lo define el mismo Montesquieu, es cierto é indudable que los Mexicanos y todas las naciones de Anáhuac, escepto los bárbaros Chichimecas y Otomites, se servian de moneda en su tráfico. ¿Qué otra cosa era el cacao, que constantemente empleaban en el mercado, para adquirir lo que necesitaban, sino un signo representativo de todas las cosas que se adquirian por su medio? El cacao tenia su valor fijo: se daba por número; y para ahorrarse el trabajo de contar cuando la mercancía importaba un gran número de almendras, ya se sabia que cada saco de cierto tamaño contenia tres *xiquipillis* ó 24,000 almendras. ¿Y quién no confesará que el cacao es mucho mas conveniente para signo representativo que los bueyes y las ovejas de que se servian los griegos y los romanos, y la sal que en la actualidad tiene el mismo uso entre los abisinios? Con un buey ó con una oveja no se puede adquirir un objeto de poco valor, y cualquiera enfermedad ó accidente que les sobreviniese, podia empobrecer fácilmente al que no tenia otro capital. "Empléase el metal en la moneda, dice Montesquieu, á fin de que el signo sea mas durable. La sal de que se sirven los abisinios, tiene el inconveniente de una diminucion progresiva;" el cacao por el contrario, podia servir para toda especie de valores, se trasportaba y custodiaba mas fácilmente, y se conservaba con ménos peligro y sin necesidad de tantas precauciones.

El uso del cacao en el tráfico de aquellas naciones, podrá parecer á algunos un verdadero cambio: mas no era así; pues habiendo varias especies de cacao, no usaban como moneda el llamado *tlalcacahuatl* ó cacao menudo, con que hacian sus bebidas ordinarias, sino mas bien otras especies mas comunes, y ménos aptas para servir de alimento, las cuales corrian de mano en mano, y casi no se aplicaban á otro fin que á las transacciones mercantiles. De esta especie de moneda hacen mencion todos los historiadores de México, tanto españoles como indios: de las otras cuatro especies mencionadas en el libro VII de esta Historia, hablan Cortés y Torquemada. Cortés afirma en su última carta al emperador Carlos V, que habiendo hecho muchas indagaciones acerca del comercio de aquellas gentes, halló que en Tlachco y en otras provincias; se servian de moneda. Si no hubiese oido hablar de *moneda acuñada*, no habria limitado su uso á Tlachco y á otras provincias: pues bien sabia, sin necesidad de hacer nuevas investigaciones que en los mercados de México y de Tlaxcala, á los que muchas veces habia concurrido, se servian, como de moneda, del cacao, de unos pedazos de tela de algodon, que llamaban *Patolquachtli*, y del oro en polvo, puesto en plumas de ánade. Yo sospecho, sin embargo de lo que he dicho en aquella parte de mi Historia, que habia verdadera moneda acuñada, y que tanto aquellas piezas delgadas de estaño de que habla Cortés, como las de cobre, hechas en forma de T, que menciona Torquemada [1], tenian algun sello ó señal, autorizada por el rey ó por los señores feudatarios.

Para evitar todo fraude en el comercio, nada podia venderse fuera del mercado, si no es los comestibles ordinarios; y en aquel sitio, como ya he dicho, y como consta por testigos oculares, reinaba el mejor órden que puede imaginarse. Habia medidas prescritas por los magistrados; comisarios que giraban por todas partes observando cuanto

(1) En la misma capital de México, en que se acuñan hoy 18 ó 20,000,000 de pesos al año, en oro y plata, emplea todavía la gente pobre el cacao para comprar algunas frioleras en el mercado.

ocurria, y jueces de comercio encargados de conocer en todos los pleitos que se suscitaban entre los comerciantes, y en castigar los delitos que se cometian en el mercado. ¡Y en vista de todos estos datos, habrá quien diga que los Mexicanos eran inferiores en industria á los pueblos mas groseros del antiguo continente, entre los cuales hay algunos tan embrutecidos y obstinados en su barbarie, que no ha bastado en tantos siglos el ejemplo de las otras naciones para darles á conocer las ventajas de la moneda!

USO DEL HIERRO.

El uso del hierro es una de aquellas circunstancias que Mr. de Paw exige para llamar culta á una nacion; y por falta de ella crée bárbaros á todos los americanos. Así que, si Dios no hubiese formado aquel metal en las entrañas de la tierra, todo el género humano mereceria el título de bárbaro, segun el modo de raciocinar de aquel filósofo. Pero en la misma parte de su obra, en que echa mano de este argumento contra los americanos, nos suministra todos los materiales que se podian apetecer para rebatirlo. Afirma "que en todo el territorio de América se hallan pocas minas de hierro, y el que hay es de tan inferior calidad al del antiguo continente, que apénas se puede emplear en hacer clavos; que los americanos poseian el secreto, perdido en el antiguo continente, de dar al cobre un temple igual al del acero; que Mr. Godin mandó en 1727 (quiere decir en 1747, pues en 1727 aun no habia ido Mr. Godin al Perú) al conde de Maurepas una segur vieja de cobre peruano, endurecido, y que habiéndola observado el conde Caylus, declaró que casi era igual en dureza á las armas antiguas de cobre, de que se servian los griegos y los romanos, los cuales no empleaban el hierro en muchos usos á que nosotros lo aplicamos en la actualidad, ó por que entónces era mas escaso, ó porque sabian templar mejor el cobre que el acero." Finalmente añade que el conde de Caylus, admirado de la perfeccion de aquel trabajo, se persuadió [engañado por el mismo Mr. de Paw] que la segur no era obra de aquellos peruanos embrutecidos, que los españoles encontraron en tiempo de la conquista, sino de otra nacion mas antigua y mas industriosa.

De todo esto que dice el investigador, saco yo cuatro consecuencias importantes: 1. Que los americanos tuvieron el honor de imitar en el temple del cobre á las dos naciones mas célebres del antiguo continente. 2. Que obraron sensatamente en no hacer uso del hierro, siendo el que tenian tan inferior, que ni aun podia servir para hacer clavos, y sirviéndose en su lugar de un cobre al que sabian dar el temple del acero. 3. Que si ignoraron el arte comunísimo de elaborar el hierro, poseian el singularísimo de templar el cobre como el acero, que no han sido parte á restaurar los filósofos europeos del siglo ilustrado. 4. Que tanto se engañó el conde de Caylus en el juicio que formó de los peruanos, cuanto Mr. de Paw en el que ha hecho de todos los pueblos de América. Tales son las consecuencias legítimas que deben deducirse de la doctrina de nuestro filósofo sobre el uso del hierro, y no la falta de industria que es la que él infiere. Quisiera preguntarle si se necesita mayor industria para trabajar el hierro como lo trabajan los europeos, que para trabajar sin hierro toda clase de piedras y maderas, fabricar muchas especies de armas, y hacer, como ellos hacian, los mas curiosos trabajos de oro, plata y piedras preciosas. El uso determinado del hierro no prueba un alto grado de industria en las naciones europeas. Inventado por los primeros hombres, fácilmente pasó á sus descendientes, y como los americanos modernos lo recibieron de los europeos, así estos lo recibieron de los asiáticos. Los primeros pobladores conocieron sin duda el uso del hierro; pues su invencion es casi coetánea al principio del género humano. Pero yo no dudo de la probabilidad de la conjetura que espuse en mi 1ª Disertacion: á saber, que no habiendo hallado desde luego las minas de aquel me-

tal en los paises del Norte, donde entónces se establecieron, se fué poco á poco estinguiendo su memoria en las generaciones sucesivas.

Pero, finalmente, si son bárbaros los que no conocen el uso del hierro, ¿qué serán los que desconocen el del fuego? Ahora bien, en toda la estension de la América no se ha encontrado un solo pueblo, ni una sola tribu, por bárbara que fuese, que no conociera el modo de hacer fuego y el de aplicarlo á los usos comunes de la vida; pero en el mundo antiguo se han visto gentes tan estúpidas, que no tenian la menor idea de la aplicacion de aquel elemento. Tales eran los habitantes de las islas Marianas, á los cuales era enteramente estraño ántes de la llegada de los españoles, como lo testifican los historiadores de aquellos paises. Y con todo eso, ¡querrá hacernos creer Mr de Paw que los pueblos americanos son mas salvajes que los mas toscos del mundo antiguo!

Por lo demas, tanto se engaña nuestro investigador en lo que dice del hierro americano, como en lo que piensa del cobre. En México, en Chile y en otros muchos paises de América, se han descubierto innumerables minas de hierro, de buena calidad; y si no hubiera estado prohibida su elaboracion, para no perjudicar al comercio de España, podria la América suministrar á Europa todo el hierro de que necesita, como hace con el oro y con la plata. Si Mr. de Paw hubiese sabido investigar filosóficamente las cosas de América, hubiera hallado en el cronista Herrera que aun en la isla Española habia hierro mejor que el de Vizcaya. Tambien habria visto en el mismo autor, que en Zacatula, provincia marítima de México, conocian dos especies de cobre: uno duro, de que se servian en lugar de hierro para hacer segures, hachas y otros instrumentos militares y agrícolas; y otro ordinario y flexible, que empleaban en ollas, pucheros, y otros vasos para los usos domésticos: así que, no necesitaban del ponderado secreto de los pueblos antiguos. El amor á la verdad me obliga á defender los progresos reales de la industria americana, y á rechazar las invenciones imaginarias que se atribuyen á las naciones del Nuevo-Mundo. El secreto que verdaderamente poseian, era el que menciona Oviedo, testigo ocular, y muy práctico é inteligente en metales. "Los indios, dice, saben dorar bastante bien los vasos de cobre ó de oro bajo, y les dan un color tan escelente y tan encendido, que parece oro de 22 quilates y mas. Lo hacen con ciertas yerbas. Este trabajo tiene tan buen efecto, que si algun platero de España ó de Italia poseyese el secreto, no necesitaba mas para enriquecerse."

ARTE DE CONSTRUIR BUQUES Y PUENTES, Y DE HACER CAL.

Si á otras naciones puede echarse en cara la ignorancia de las construcciones navales, esta reconvencion seria injusta dirigida á los Mexicanos; porque no habiéndose hecho dueños de las costas del mar, sino en los últimos tiempos de su monarquía, no tuvieron necesidad ni ocasion de pensar en aquel adelanto. A los pueblos que ocupaban las playas de ambos mares, ántes que llegasen á ellas los Mexicanos, bastaban aquellas barcas de que se servian para la pesca y para su comercio con las provincias vecinas; porque exentos de codicia y de ambicion, que son por lo comun las causas de las navegaciones largas, no aspiraban á usurpar á otras naciones lo que legítimamente poseian, ni querian trasportar de paises remotos los metales que no les hacian falta. Los romanos, á pesar de haber fundado su metrópoli tan próxima al mar, estuvieron 500 años [1] sin construir buques, hasta que la ambicion de ensanchar sus dominios, y de apoderarse de la Sicilia, los impulsó á proporcionarse los medios de

(1) "Appio habia empleado toda la diligencia posible en acudir al socorro de los mamertinos. Para conseguirlo era necesario pasar el estrecho de Mesina, y la empresa era no solo temeraria, sino peligrosa, y segun todas las apariencias, imposible. No tenian los romanos armada naval, sino barcas groseramente construidas, por el estilo de las canoas de los indios." —Rollin, Hist. Rom. lib. XI.

pasar el estrecho. ¡Qué estraño es, pues, que las naciones americanas, que no sentian aquellos estímulos para abandonar su patria, no inventasen buques, en que poder trasladarse á paises remotos! Lo cierto es que la falta de construcciones navales no arguye falta de industria en los pueblos que no la necesitaban.

No puede decirse lo mismo de la invencion de los puentes. Mr. de Paw afirma que "no habia un solo puente de piedra en toda la América cuando fue descubierta," porque los americanos no sabian fabricar arcos, y que "el arte de hacer cal fué enteramente desconocido en aquellos pueblos:" tres proposiciones que son otros tantos errores clásicos. Los Mexicanos sabian hacer puentes de piedra, y entre los restos de su antigua arquitectura se ven hoy dia en el rio de Tula los grandes y fuertes pilares del puente que allí habia. Los restos de los antiguos palacios de Texcoco, y aun mucho mas, los *temazcalli* ó hipocaustos, descubren el uso antiguo de los arcos y de las bóvedas en las naciones de Anáhuac. Diego Valdes que permaneció 30 años en México, á donde fué poco tiempo despues de la conquista, nos muestra en su *Retórica Cristiana* la imágen de un templo pequeño, que él mismo vió, y que no deja duda sobre esta materia.

Sobre el uso de la cal, es necesario todo el arrojo de Mr. de Paw, para asegurar, como asegura, que el secreto de hacerla era desconocido en toda la América; pues consta, no ménos por la deposicion de los conquistadores españoles, que por la de los primeros misioneros, que no solo usaban cal las naciones de México, sino que blanqueaban muy bien las casas y los templos, y pulian primorosamente los muros. En las obras de Bernal Diaz, de Gomara, de Herrera, de Torquemada y de otros, se ve que los primeros españoles que entraron en la ciudad de Cempoala, creyeron que eran de plata los muros del palacio principal, error á que dió lugar el bruñido resplandeciente de sus paredes. Ultimamente, de las pinturas de tributos que están entre las de la *Coleccion* de Mendoza, se infiere que las ciudades de Tepeyacac, Tecamachalco, Quecholac, &c., pagaban anualmente al rey 4,000 sacos de cal. Pero aunque no existiera ninguno de estos documentos, bastarian á demostrar el conocimiento que los Mexicanos tenian de la cal, y á confundir la temeridad de Mr. de Paw, las ruinas de los edificios antiguos que se ven en Texcoco, en Mictlan, en Guatusco y en otros muchos puntos de aquel territorio.

Con respecto al Perú, aunque el P. Acosta confiesa que aquellos pueblos no conocian el arte de hacer cal, ni sabian construir arcos ni puentes de piedra; y aunque este solo dato bastase á Mr. de Paw, para decir, segun su execrable lógica, que el uso de la cal era ignorado en toda la América, con todo, el mismo Acosta, que no era hombre vulgar, ni exagerador, ni parcial de los americanos, alaba la maravillosa industria de los peruanos en sus puentes de *totora* ó sea, junco, en la embocadura del lago de Titicaca, y en otros puntos donde la gran profundidad del agua no permite la construccion de obras de mampostería, y donde la rapidez de la corriente hace peligroso el uso de los barcos. Asegura haber pasado por aquellos puentes, y encarece la seguridad y facilidad del paso. Mr. de Paw se aventura á decir que los peruanos no conocian ni aun los rudimentos de la navegacion; que no sabian hacer ventanas en los edificios, y aun sospecha que no tenian techos en las casas: despropósitos de los mas ridículos que pueden ofrecerse á la imaginacion de un escritor de cosas de América. Da á entender que no sabe lo que son *bejucos*, y que no ha formado idea exacta de los rios de la América Meridional. Mucho podria decirse acerca de esta estraña confesion; pero tenemos asuntos mas importantes que discutir.

FALTA DE LETRAS.

Ninguna nacion americana conocia el arte de escribir, si por arte de escribir se entiende el de espresar en papel, pergamino,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

tela, ú otra materia semejante, cualquiera especie de palabras, con la diferente combinacion de algunos caracteres; pero si el arte de escribir es el de significar, representar, ó dar á entender las cosas, ó las ideas á los ausentes, y á la posteridad, con figuras, geroglíficos, ó caracteres, no hay duda que este arte era conocido, y estaba en gran uso entre los Mexicanos, los Acolhuas, los Tlaxcaltecas, y todas las naciones de Anáhuac, que habian salido del estado de barbarie. El conde de Buffon, para demostrar que la América era una tierra enteramente nueva, y nuevos tambien los pueblos que la habitaban, alega, como he dicho en otra parte, que „aun aquellas naciones que vivian en sociedad, ignoraban el arte de trasmitir los hechos á la posteridad, por medio de signos durables, á pesar de haber descubierto el de comunicarse de léjos, y de escribirse unos á otros, por medio de nudos," Pero el arte que empleaban para hablar á los ausentes ¿no podia tambien servir para hablar á la posteridad? ¿Qué eran las pinturas históricas de los Mexicanos, sino signos durables que trasmitian la memoria de los sucesos, á los lugares y á los tiempos remotos? El conde de Buffon se muestra tan ignorante en la historia de México, como sabio en la historia natural. Mr. de Paw, aunque concede á los Mexicanos el arte que tan injustamente les niega el conde de Buffon, sin embargo, para desacreditarlos, alega innumerables desatinos, algunos de los cuales no puedo pasar por alto.

Dice pues „que los Mexicanos no usaban de geroglíficos; que sus pinturas no eran otra cosa que representaciones toscas de los objetos; que para figurar un árbol, pintaban un árbol que en sus pinturas no se descubre la menor traza de claro oscuro; ni la menor idea de perspectiva, ni de imitacion de la naturaleza; que no habian hecho el menor progreso en el arte que empleaban en perpetuar la memoria de los sucesos; que la única copia de pinturas históricas mexicanas sustraidas al incendio que hicieron los primeros misioneros, fué la que el primer virey de México envió á Cárlos V. la cual publicaron despues Purchas en Inglaterra, y Thevenot en Francia; que esta pintura es tan grosera, y tan mal ejecutada, que no se puede discernir si trata, como dice el intérprete, de ocho reyes de México, ó de ocho concubinas de Motecuzoma," &c.

En todo esto se muestra la ignorancia del investigador, y de su ignorancia nace su temeridad. Pero ¿deberá darse mayor crédito á un filósofo prusiano, que solo ha visto los malos dibujos de Purchas, que á los que han visto, y estudiado diligentemente muchas pinturas originales de los Mexicanos? Mr. de Paw no quiere que los Mexicanos se sirviesen de geroglíficos, porque no se piense que les concede alguna semejanza con los antiguos egipcios El P. Kirker, célebre investigador, y encomiador de las antigeüdades de aquel pueblo, en su obra intitulada *Œdipus Ægyptiacus*, y Adriano Walton, en los prolegómenos de la Biblia Poliglota, opinan del mismo modo qne Mr. de Paw, y su opinion no tiene otro apoyo que las estampas del mismo Purchas; pero Motolinia (1), Sahagun, Valadés, Torquemada, Enrique Martinez, Sigüenza y Boturini, que supieron la lengua mexicana, que consultaron á los indios, que vieron y estudiaron con esmero un número considerable de sus pinturas antiguas, dicen que uno de los medios que los Mexicanos empleaban para representar los objetos, eran los geroglíficos y las pinturas simbólicas. Lo mismo testifican Acosta y Gomara en

(1) Toribio de Motolinia en sus MSS, especialmente en la esposicion del *calendario mexicano*. Bernardino Sahagun en su *Diccionario Mexicano*. Diego Valadés en su *Retórica Cristiana*. Enrique Martinez en su *Historia de la Nueva España*. Sigüenza en su *Ciclografia Mexicana*, y en su *Teatro de virtudes políticas*. Torquemada en su *Monarquía Indiana*. Valadés trató á los Mexicanos 30 años; Torquemada mas de 40; Motolina 45, y Sahagun 60. Este fué el hombre mas instruido en los secretos de aquella nacion. Se necesita gran orgullo para fiarse mas á sus propias luces, y estas escasas, que á las de tantos hombres doctísimos.

sus Historias; el Dr. Eguiara en su erudito prefacio de la Biblioteca Mexicana, y los doctos españoles que publicaron con grandes adiciones la obra de Gregorio García *sobre el orígen de los indios*. El Dr. Sigüenza impugnó victoriosamente al P. Kirker, en su *Teatro de virtudes políticas*. Lo cierto es que Kirker se contradice manifiestamente; pues en el primer tomo de la citada obra *Œdipus Ægyptiacus*, confrontando la religion de los egipcios con la de los Mexicanos, confiesa claramente que las partes de que se componia la imágen del dios *Huitzilopochtli*, tenian muchas significaciones, que eran otros tantos arcanos y misterios. Acosta, cuya historia alaba tan justamente Mr. de Paw, en la descripcion que hace de aquella imágen, dice: „Todos estos ornatos que hemos dicho, y lo demas, que era bastante, tenian sus significaciones particulares, segun declaraban los Mexicanos;" y en la descripcion del idolo de Tezcatlipoca se espresa en estos términos: „Sus cabellos estaban atados con una cuerdecilla de oro, de cuyas estremidades pendia una oreja del mismo metal, con ciertos vapores de humo pintados en ella, los cuales significaban los ruegos de los atribulados y de los pecadores que aquel dios escuchaba, cuando se encomendaban á él. En la mano izquierda tenia un abanico de oro, adornado con hermosas plumas verdes, azules y amarillas, tan relucientes que parecian un espejo: en lo que daban á entender que en aquel se veia todo lo que pasaba en el mundo. En la mano derecha tenia cuatro saetas para significar el castigo que daba á los delincuentes por sus atentados, &c." ¿Qué son estas y otras semejantes insignias de los dioses mexicanos, de que hablo en el libro VI de la Historia, sino geroglíficos, y signos no muy diferentes de los que usaban los antiguos egipcios?

Mr. de Paw dice que para significar un árbol, pintaban un árbol. Hágame el favor de decirme ¿qué es lo que pintaban para representar el dia, la noche, el mes, el año, el siglo, los nombres de las personas, y otras mil cosas que no tienen tipos fijos en la naturaleza? ¿Cómo podian representar el tiempo, si no es por medio de un geroglífico ó emblema? „Tenian los Mexicanos, dice Acosta, figuras y geroglíficos, con que representaban las cosas de este modo: esto es, las cosas que tenian figura, las significaban con sus figuras; para las que no tienen imágenes propias, se servian de otros caracteres significativos de aquellas: así espresaban cuanto querian; y para determinar el tiempo en que ocurria algun suceso, empleaban aquellas ruedas pintadas, cada una de las cuales comprendia un siglo de 52 años."

Pero hé aquí otra piedra de escándalo para la ignorancia del Prusiano. Búrlase de las ruedas de los Mexicanos, „cuya esposicion se atrevió á dar Carreri, fiandose á un profesor castellano, llamado *Congara*, el cual no osó publicar la obra que habia prometido sobre este asunto, porque sus parientes y amigos le aseguraron que contenia muchos errores." Parece que Mr. de Paw no sabe escribir sin disparatar. Aquel profesor en quien se fió Carreri, ó sea Gemelli, no era castellano sino criollo, nacido en la misma ciudad de México: no se llamaba *Congara*: sino Sigüenza y Gongora; no dejó de estampar su *Ciclografia mexicana*, que fué la obra de que se sirvió Gemelli, por temor de la censura del público, sino por los crecidos gastos de la impresion en aquellos paises, que es lo que tambien ha estorbado la publicacion de otras escelentes producciones, tanto del mismo escritor, como de otros hombres doctísimos. Decir que los parientes y los amigos de Sigüenza lo disuadieron de publicar la obra, porque contenia muchos errores, no es un error, ó equivocacion cometida por descuido, sino una mentira manifiesta, inventada con el premeditado designio de alucinar al público. ¿Quién puede haberle comunicado tan estraña anécdota, enteramente ignorada en México, donde es tan cara la memoria, y tan célebre la fama de aquel grande hombre, y donde los literatos no cesan de deplorar la pérdida de aquellas, y de

otras preciosas obras de su mano? ¿Qué podia temer Sigüenza de la publicacion de las ruedas mexicanas, publicadas ya un siglo ántes por Valadés en Italia, y descritas por Motolinia, Sahagun, Gomara, Acosta, Herrera, Torquemada y Martinez, todos europeos, y por los historiadores Mexicanos, Acolhuas y Tlaxcaltecas, Ixtlixochitl, Chimalpain, Tezozomoc, Niza, Ayala, y otros? Todos estos escritores están de acuerdo con Sigüenza en las esplicaciones de las ruedas mexicanas del siglo, del año, del mes, y solo difieren de él acerca de los principios del año, y de los nombres de algunos meses, por las razones que he indicado en el libro VI de mi Historia. Todos los que han escrito en esta materia, tanto españoles, como americanos, que son en gran número, dicen á una voz que los Mexicanos y las otras naciones de aquellos paises, se valian de las ruedas para representar su siglo, su año y su mes; que su siglo constaba de 52 años, su año de 365 dias, distribuidos en 18 meses de 20 dias cada uno, con 5 dias mas que llamaban *Nemontémi*; que en su siglo contaban 4 periodos de 13 años; que los nombres y caracteres de los años eran solamente cuatro, á saber: el *conejo*, la *caña*, el *pedernal* y la *casa*; los cuales alternaban sin interrupcion mudando los números, &c.

„No puede ser, dice el investigador prusiano; porque estos usos supondrian una larga serie de observaciones astronómicas, y de conocimientos exactos sobre el arreglo del año solar, lo cual no puede combinarse con la prodigiosa ignorancia en que estaban envueltos aquellos pueblos. ¿Cómo podian perfeccionar su cronología los que no tenian voces para contar mas allá de diez." Está bien. Luego si los Mexicanos tuvieron en efecto aquel modo de coordinar el tiempo, no deberán llamarse bárbaros, y salvajes, sino cultos, y cultísimos; pues no merece otro epíteto la nacion que tiene una larga serie de observaciones, y de conocimientos exactos en astronomia. Ahora bien, la certeza del arreglo del tiempo entre los Mexicanos, es una cosa que no admite duda; porque si el unánime consentimiento de los escritores españoles acerca de la comunion de los Mexicanos (1) no permite dudar de aquella solemnidad religiosa ¿no existe el mismo consentimiento unánime, añadido al de los escritores mexicanos, acolhuas y tlaxcaltecas, en favor del método que tenian aquellas naciones para el cómputo de los siglos, de los meses y de los años, y de la conformidad de este cómputo con el curso solar? Ademas de que la deposicion de los españoles en esta materia es de gran peso, pues se empeñaron, como dice Mr. de Paw en desacreditar á los americanos hasta el estremo de poner en duda su racionalidad. Cedamos pues al peso de tantas autoridades; creamos lo que dicen los historiadores acerca de las ruedas, y confesemos que los Mexicanos no estaban sumergidos en la prodigiosa ignorancia que finge Mr. de Paw. Por lo que hace á la escasez de voces numerales, en otra disertacion haré ver su error y su ignorancia.

„No puede saberse, dice Mr. de Paw, la significacion de las pinturas mexicanas, porque los españoles no podian entenderlas sin que se las declarasen los Mexicanos, y ninguno de ellos ha sabido lo bastante para traducir un libro." ¡Cuántos dislates en pocos renglones! Para que los españoles entendiesen el sentido de las pinturas mexicanas, no era necesario que los Mexicanos supiesen la lengua española, pues bastaba que los conquistadores supiesen la del pais; ni para esplicar una pintura se necesita tanto saber como para traducir un libro. Mr. de Paw dice que la aspereza de la lengua mexicana ha impedido hasta ahora que los españoles la pronuncien, y que la estolidez de los Mexicanos les ha impedido aprender

(1) „Confieso que el consentimiento de los historiadores españoles no permite dudar que estos dos pueblos [mexicano y peruano] en la masa enorme de sus supersticiones, tenian algunos usos que no se diferenciaban mucho de lo que nosotros llamamos comunion."—Investigaciones filosóficas, tom. II, carta á Mr.*** sobre la religion de los americanos.

el español: una y otra especie son opuestas á la verdad. De la lengua mexicana hablaré en otra parte. La castellana ha sido siempre comunísima entre los habitantes de México, y hay muchos que la hablan tan correcta y fluidamente como los mismos españoles. Muchos de ellos escribieron en castellano su historia antigua, y la de la conquista, como puede verse en el catálogo que se halla al fin de esta obra: otros tradujeron libros latinos en castellano, castellanos en méxicano, y mexicanos en castellano; entre los cuales son dignos de particular mencion D. Fernando Alba Ixtlixochitl, de quien tantas veces he hablado; D. Antonio Valeriano de Azcapozalco, maestro de lengua mexicana del historiador Torquemada, que habla de él con grandes elogios; D. Juan Berardo, de Huexotzinco; D. Francisco Bautista Contreras, de Cuauhnahuac; Fernando Rivas y Estevan Bravo, de Texcoco; Pedro de Gante; Diego Adrian, y Agustin de la Fuente, de Tlaltelolco (1). Sabemos por la historia de la conquista que la célebre india Doña Marina aprendió con estraordinaria prontitud y facilidad la lengua castellana, y que hablaba muy bien la mexicana y la maya, mas diferentes entre sí que el frances, el hebreo y el ilírico. Habiendo pues habido en todos tiempos muchos españoles que han hablado el mexicano, y muchos Mexicanos que han hablado el español, ¿qué tiene de imposible que los Mexicanos hayan esplicado á los españoles el sentido de sus pinturas?

Es cierto que en las copias de las pinturas mexicanas publicadas por Purchas y por Thevenot, no se ven observadas las proporciones, ni las leyes de perspectiva; pero es necesario tener presente que aquellos toscos dibujos estan grabados en madera, lo que verosímilmente aumentaria los defectos del original. Ni es de estrañar que las referidas estampas fuesen copias imperfectísimas de las pinturas, si se observan los descuidos de toda la publicacion; pues en ella se omiten enteramente las pinturas XXI y XXII, en la mayor parte de las otras faltan las imágenes de las ciudades, y ademas están trastornadas las de los años correspondientes á los reinados de Ahuitzot y Moteuczoma II, como ya lo he manifestado hablando de las diversas colecciones de pinturas mexicanas que existen en la actualidad. Boturini, que vió en México las pinturas originales de aquellos anales, y las de la matrícula de tributos, copiadas en las obras de Purchas y Thevenot, se lamenta de los grandes defectos que se notan en estas ediciones. En efecto, basta comparar las publicadas en México el año 1770 por Lorenzana, con las publicadas en Lóndres por Purchas, y en Paris por Thevenot, para conocer la gran diferencia que reina entre unas y otras. Yo no me empeño, sin embargo, en defender la perfeccion de las pinturas originales copiadas por Purchas; ántes bien soy de opinion que eran imperfectas, como todas las históricas de aquellos pueblos; pues los pintores solo se limitaban á los contornos, y al colorido de los objetos, sin curarse de la perspectiva, de las proporciones, ni del claro oscuro. Ni era posible que observasen escrupulosamente las reglas del arte, si se atiende á la estraordinaria prontitud con que pintaban, de lo que dan fe Cortés y Bernal Diaz, como testigos oculares. Pero veamos las consecuencias que de todo esto deduce Mr. de Paw. Los Mexicanos no observaban en sus pinturas las reglas de la perspectiva: luego no podian por medio de ellas perpetuar la memoria de los sucesos. Los Mexicanos eran malos pintores: luego no podian ser buenos historiadores. Pero si se quiere adoptar esta lógica, deberemos tambien decir que los que no tienen buena letra no pueden ser buenos historiadores; pues las letras son para los nuestros lo que las pinturas para los Mexicanos: y así como pueden escribirse buenas historias con mala letra, así tambien pueden representarse bien los hechos histó-

[1] Véase sobre este asunto la *Monarquía Indiana* de Torquemada, el *Epítome de la Biblioteca Occidental* de Pinelo, la *Biblioteca Mexicana* del Dr. Eguira, y el *Teatro Mexicano* de Betancourt.